

...La AEIT y las universidades deberían aprovechar tanto prejubilado, colaborador en potencia...



Xavier Alcalá

Os hablaba en la anterior, queridos todos, de cómo nos habían ido las cosas en primavera, y en ésta tengo que hablar del verano y los calores.

Con calor tuvo lugar en Santiago de Compostela el foro *e-Gallaecia*, que junta el prefijo inglés “e-” al nombre con que los romanos designaban el territorio noroeste de la Península. Una vez más debo protestar contra los poderes que le concedemos a la lengua del Imperio actual. Pienso que ese foro debería llamarse *Gallaecia-e*, porque estamos en tierra de habla romance, no sajona, y en el espíritu de nuestras hablas latinas no está calificar una palabra anteponiéndole otra, sino haciendo lo contrario. ¿Cómo podemos estar hablando siempre –y siempre escribiendo— sobre términos compuestos que se inician con el dichoso “e-”?

Bien. Aparte de la cuestión de nombre, en *e-Gallaecia* pudimos oír ideas de personas que, como me diría un alumno inteligente, son “verdaderos trofeos para un congreso”. Llega con su presencia. No haría falta que hablasen siquiera...

También con calor, decano y vicedecano del COIT vinieron hasta la asamblea general en la que se nombró junta del Colexio Oficial de Enxeñeiros de Telecomunicación de Galicia. Ángel Viña, lógicamente, resultó decano del COETG, como presidente del grupo promotor de la demarcación en que nos encontramos. Enrique Gutiérrez Bueno hizo cesión estatutaria de facultades a la nueva junta colegial, ampliada sobre la de la AETG con seis nuevos compañeros, escogidos “pensando en reforzar fundamentalmente tres aspectos: la amplia diversidad de la profesión, la representatividad necesaria de los entes más significados del mundo de las telecomunicaciones de Galicia, y la importancia de la actividad colegial, en la que incide fundamentalmente

todo aquello que requiere visados, informes o presencia del Colexio”.

Bienvenidos, colegas. Ahora a demostrar que existimos... La asamblea fue numerosa y los que teníamos ocupaciones graves mandamos votos delegados. Porque sabíamos lo que nos estábamos jugando.

Yo le dejé mi voto a Pepe Domínguez Legaspi y seguí para un mundo aparte, no obstante su cercanía. Apenas a un cuarto de hora del lugar de la asamblea, en el pazo de Mariñán nos reuníamos escritores en lenguas ibéricas, en un encuentro como el famoso de Verines. Éramos convocados por un nombre que fue capital allá en Asturias: Carlos Casares, cuya fundación nos invitaba.

Mientras los representantes de mi profesión dilucidaban el progreso corporativo en el impaís un nombre gallego que fue, la vocación de horas libres me hacía moderar un coloquio que habría encantado a los inge-





nieros; porque en el, con rico verbo, fueron intervinientes principales Nélide Piñón, galaicobrasileña, y Luis González Tosar, argentinogalaico.

Tuve que hacer esfuerzos para que el coloquio abierto a los demás se mantuviese en los cauces marcados de “Memoria y literatura”. Pero hubo derivas: Bernardo Atxaga y yo estamos convencidos de que en España hay voluntad de no publicar sobre la guerra civil, y la guerrilla posterior. Hay quien nos quiere mantener el en limbo de la Transición...

Más calor. De Coruña a Madrid y vuelta. De Galicia se sale con humo de incendio forestal, de terrorismo que llega a quemar casas. Galicia tiene tres millones de hectáreas, dos de los cuales están a monte: el país es un bosque que se despuebla y al que le prenden fuego. ¿Quién? Nadie sabe, porque no hay policía de montes. No habría incendios si los montes se patrullasen. No se iniciarían si se investigase, si se infiltrasen informadores en los ambientes incendiarios.

Castilla empieza con las cigüeñas. Torres de iglesia y torres de tendido eléctrico nos dicen donde estamos sobre la autopista. Y por fin Madrid se abre, inmenso, a los ojos del viajero.

Es fácil llegar a la Escuela y emociona rever caras perdidas en la memoria hace más de treinta años. Una de las recuperadas evoca un laboratorio de Electrónica, con sus osciloscopios HP, analógicos, clásicos, sencillos. Treinta años no son nada. Probablemente: de eso me escribía no hace mucho Fernando Sáez Vacas. Lo que parece preocupante es una frase de otro compañero: “A nuestros años ya sólo se puede ser o profesor o prejubilado”.

Terrible. Hágase la estadística: ¿cuántos ingenieros de Telecomunicación superan hoy treinta años de ejercicio profesional?

Hágase y veremos el porqué del conocimiento cesante antes de tiempo, y del corte en la transmisión de sabiduría que se está produciendo en nuestro ramo. Estamos dejando la profesión sin sabios, personas con conocimiento más experiencia. O, mejor dicho: grandes genios de la economía y los recursos humanos están desgraciando la Telecomunicación.

Prejubilados o profesores. Y ¿por qué no ambas cosas?

Tomemos nota de la iniciativa de los prejubilados de Telefónica en Coruña. Con ahínco de quien no quiere llevarse al retiro toda su expertise, han conseguido hacer algo notorio, merecedor de visita y publicidad: el Museo Didáctico de Telecomunicaciones.

Me invitó un técnico de raza, Ernesto López Naveiras (que conmigo comparte otra pasión: la defensa de lo mucho que los gallegos hicieron en Cuba, y que la tiranía de don Fidel el Eterno erosionó). Fui y me quedé pasmado: hasta recortaron los ejes de una *Rotary* para poderla reconstruir y mostrar en ejercicio de sus funciones.

Todo lo que recogieron estaba achatarrado; no quedaba un manual de instrucciones. Tuvieron que interrogar a las compañeras ancianas que habían manejado los conmutadores manuales. Así dedujeron el funcionamiento de aquellas centrales primitivas.

El museo hace ver al visitante como funcionaron y funcionan el telégrafo, el teléfono, el télex y la transmisión de datos, por todos los medios: pares, coaxial, fibra y aire. El ingeniero curioso puede llegar a gozos extremos viendo, por ejemplo, un amplificador telegráfico electromecánico.

Una vez más (recordad lo que os decía en la anterior nota a vuelapluma sobre el libro de Historia de las Telecomunicaciones de Anton Huurdeman) el pasado excita la imaginación del futuro. Y cabe preguntarse lo que se podría hacer con toda la sabiduría de nuestros compañeros que hoy se dedican al *footing* o al *golf*.

Por lo menos, que vengan a hablar con estos antiguos empleados de Telefónica. Que se fijen en lo que han conseguido y lo que pretenden.

Yo diría más: la AEIT debía convocar el gran debate al respecto. Y las universidades deberían pensar qué se puede hacer con tanto colaborador en potencia, teniendo en cuenta que muchos prejubilados podrían enseñar durante –por lo menos– veinte años desde la prejubilación...

Un abrazo a todos, especialmente fuerte para aquellos a los que no os dejan trabajar.

